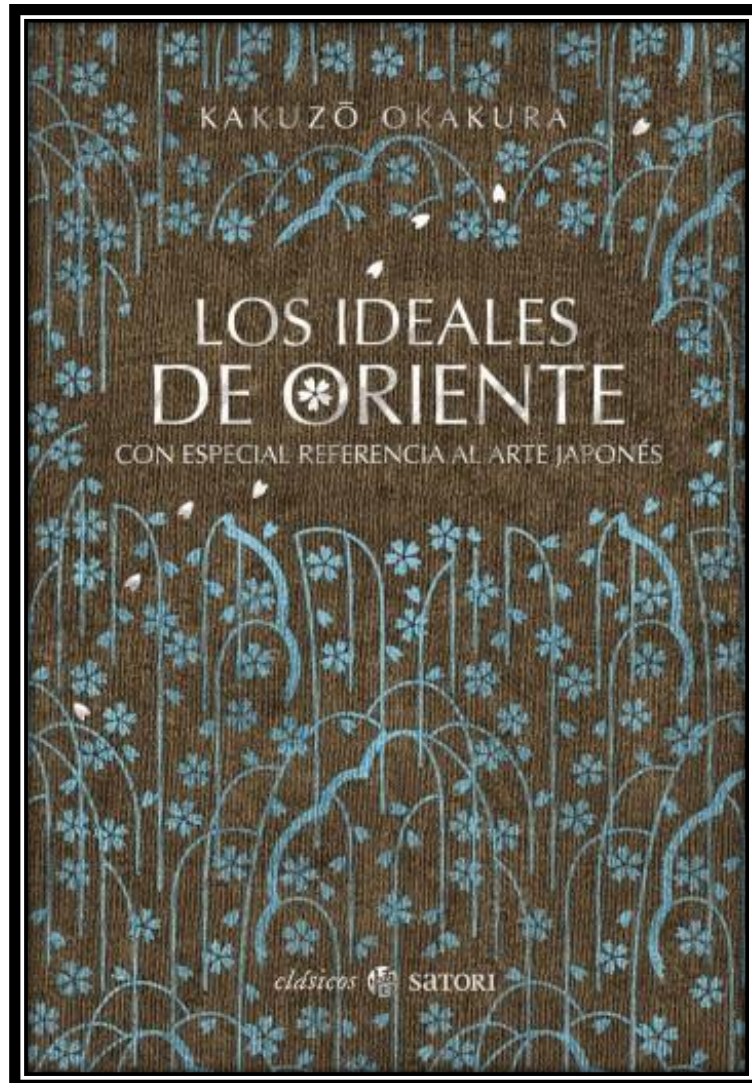


Indianización y unidad cultural



Pedro Martín González

Kenshinkan dōjō 2019

Francoise Gautier, un periodista y escritor francés afincado en la India desde hace ya muchos años, apunta en su libro *"A western journalist on India"* que en el interior de uno de los templos del monasterio de Shaolin, en China, puede leerse *"Tenjiku Naranokaku"*, cuya traducción sería: *"Las artes marciales provienen de India"*. Insiste el autor en el controvertido asunto del origen de las artes marciales chinas, algo que algunos investigadores han zanjado definitivamente, admitiendo que siempre existieron sistemas de lucha en la antigua civilización del Río Amarillo, mucho antes, incluso, de que allí hiciera su aparición el budismo procedente de India.

Siendo un asunto imposible de dilucidar de manera clara y objetiva, por carecer de datos escritos fidedignos que pudieran resultar definitivos, traté de encontrar respuestas en la historia, para que fuera ella quien me aportara nuevas perspectivas en las que basar mi opinión sobre esta vieja controversia. Una de ellas, quizá la de mayor alcance para mi investigación, era la idea de la Unidad Cultural de Asia, o *Pan-asiatismo*, que proponían no pocos escritores, artistas e historiadores.

Resultaba lógico pensar que el budismo había transformado las sociedades de los pueblos limítrofes con India, algo que cambiaría también sus usos y costumbres, incluyendo las artes marciales, pero al mismo tiempo era evidente que, al menos en China, la tradición de la guerra se remontaba tan atrás en el tiempo como en la India, algo de lo que daba fe su propia historia militar.

Llegaba a Chennai después de parar en Bangalore. Llevaba en mi equipaje *"Los ideales de Oriente"*, de Kakuzo Okakura. Semejante elección no resultaba baladí. El autor defendía en su obra la conciencia unitaria de los pueblos de Asia y, como aquel periplo me conduciría desde Chennai a Calcuta, parando en Auroville -esa utopía ligada al genio de Aurobindo, otro intelectual defensor de la idea *pan-asiática*- y desde allí a la ciudad de Rabindranath Tagore -amigo también de Okakura, agitador cultural e ideólogo de la *indianización*-, me pareció una opción apropiada para acompañar mi aventura.

Desde la capital de Bengala tomaría un autobús en dirección a Kalimpong, en las estribaciones del Himalaya oriental indio, para visitar el hogar que un día habitara otro exponente de este grupo notable, el profesor George Roerich. Estaba en deuda con él pues fue a través de su obra que llegué a leer, por primera vez, acerca de la unidad cultural de Asia.

Unos años atrás hice el viaje en sentido contrario, bajando desde Madrás a Kannya Kumari, donde me detuve frente al mausoleo del gran Vivekananda, defensor, al igual que los anteriores, de una conciencia *pan-asiática*.

Mis lecturas acerca de este modelo de pensamiento se ampliaron al tomar contacto con el trabajo de los filósofos japoneses de la Escuela de Kyoto: Kuki Shuzo, Kitaro

Nishida, Hajime Tanabe, Keiji Nishitani. Algunos de aquellos intelectuales viajaron a Europa en los años veinte del pasado siglo y estudiaron con Heidegger o Herrigel, quienes les influyeron notablemente. No obstante, al regresar a su país de origen redescubrieron su tradición cultural, creando la Escuela de Filosofía de Kyoto y estableciendo las bases de lo que posteriormente sería la filosofía contemporánea de Japón.

Michel Scott -colaborador del *Journal of Hellenic Studies* y miembro del departamento de Historia Antigua de la universidad de Warwick- ofrece muchas claves para entender el concepto de unidad cultural de Asia en su libro "*Los mundos clásicos: una historia épica de Oriente y Occidente*".

Algunas son las siguientes:

- Las antiguas rutas comerciales que pusieron en contacto a Roma con China.
- La expansión del budismo como elemento capaz de amalgamar culturas distantes.
- Las vías marítimas abiertas en el océano Índico desde el siglo II a. de C. a las que siguieron: costumbres, religiones, arte y modelos sociales procedentes de India.
- Las incontables migraciones que supusieron conquistas territoriales y establecimientos de nuevas fronteras.
- El contacto que sostuvieron los estudiantes de China y Asia Central con los primeros centros budistas erigidos en el norte de la India.

Todo ello, y mucho más, daría como resultado un espíritu de unidad cultural, genuinamente asiático, diferenciado del modelo occidental.

La historia nos enseña que las campañas militares de Alejandro Magno –en el siglo IV a. C.- alcanzaron en Oriente las alejadas fronteras de Bactria, Sogdiana, Ghandara y Punjab. Tras la muerte del líder macedonio, sus descendientes -los *diádocos*- crearon sus propios reinos, a partir de los cuales surgirían nuevos imperios, como el greco-bactriano y el indo-griego, cuya cultura encontraría numerosos cauces de comunicación con los dirigentes Maurya y Kushan de la India, influenciando sustancialmente en el mundo artístico del Subcontinente.

Desde la universidad de Nalanda, el budismo se expandiría hasta más allá del Himalaya y el Hindu Kush, alcanzando Asia Central, China, Tíbet, Mongolia, Corea y Japón. Por otro lado, desde Tamilakan y Sri Lanka el mensaje de Buda se difundiría hacia todos los países del sudeste asiático: Birmania, Indonesia, Java, Sumatra, Tailandia, Camboya, Vietnam o Laos.

El investigador George Roerich, incluía a Rusia en la unidad cultural asiática, pues sus lazos con India venían de muy atrás cuando en el siglo XV el viajero Afanasi Nikitin explorara Persia e India, convirtiéndose en el primer ruso que describiera el Subcontinente en un libro al que tituló: "*Viaje más allá de tres mares*".

Además de sus innumerables artículos científicos, algunos de los títulos que firmó George Roerich en los que pueden leerse sus ideas acerca de la unidad cultural de Asia son estos:

- *Trails to Inmost Asia*
- *The Animal Style Among the Nomads of Northern Tibet*
- *Tibet and Central Asia*
- *Tibetan paintings*

El japonés Kakuzo Okakura tomaría contacto con la realidad india a principios del siglo XX. La experiencia de su viaje fue tan impactante en su vida que durante su estancia en la India escribiría *Los ideales de Oriente*, un ensayo que comienza con una frase que es toda una declaración de intenciones: “*Asia es una*”. Sería Sister Nivedita, discípula de *Swami Vivekananda*, quien prologaría el libro del Okakura haciendo todo un alegato de la idea que defiende el escritor en su trabajo. Su propio *gurú* –*Vivekananda*- sería también un ejemplo de esa conciencia unitaria, un hombre profundamente espiritual y de acción que abogaría por un futuro en el que, al igual que había sucedido a lo largo de la historia con otras tradiciones, la cultura asiática exportaría al mundo su ideal espiritual.

Otro ejemplo de *pan-asianismo* lo encontramos en la figura de Rabindranath Tagore -premio Nobel de Literatura, filósofo, poeta, agitador social y cultural del siglo XIX- a quien también podemos considerar un referente de esa conciencia de unidad *pan-asiática*. No obstante, en un momento de su trayectoria su posición chocaría frontalmente con la interpretación que algunos pensadores japoneses llegarían a hacer de esta filosofía, un modelo que en sus comienzos planteó la unidad cultural, pero que en ciertos casos acabaría defendiendo un imperialismo contra el que Tagore estaba en profundo desacuerdo.

En la última visita que realizó a Japón, el escritor indio se volvió a reunir con algunos filósofos e ideólogos japoneses, como Toyama Mitsuru y, tal y como les prometió, nunca más regresaría allí.

En la idea de *indianización* que defiende Okakura destaca el eje India-China-Japón. Reserva para la India la imaginación; a China le concede la organización; a Japón, la creatividad. Entiende el escritor que si bien Japón heredó gran parte de su cultura de la poderosa China, el fondo de su naturaleza espiritual pertenecía a la India. Okakura entendía que la fragmentación del arte oriental quedaba evidente cuando competía contra el arte occidental, de ahí la necesidad de realizar una profunda introspección para revitalizar el ancestral orientalismo, y defender la unidad cultural de Asia.

Otros acontecimientos que ilustran la idea de unidad cultural pueden ser los siguientes:

- Durante la dinastía Han (206 a. C./220 d. C.) residían en la ciudad china de Loyang más de tres mil familias de procedencia india y que el flujo migratorio resultaba ya imparable, encontrando ejemplos de visitantes chinos en el norte de la India desde los primeros tiempos de Nalanda (en el siglo V d. C.).
- La influencia de la doctrina budista en *laoístas*, *taoístas* e, incluso, *confucionistas* chinos, fue también una evidencia.
- En Japón, aún en la actualidad, se celebran ceremonias muy vinculadas, en forma y fondo, a ciertas representaciones artísticas esculpidas en los templos de Orissa, Khajuraho o Konarak, situados en la India.
- Los rituales de Izanami e Izanagi se aproximan a la danza que realizan los dioses del panteón hindú: Vishnu y Parvati.
- La montaña sagrada, como eje del mundo, es interpretada de igual manera en Arunachala, Kailash o Fuji.
- El chamanismo y la mitología de los pueblos de Asia Central –escitas, mongoles, tungus- encuentran eco en las culturas de Corea y Japón.
- El estilo artístico animal, o zoomórfico, se reproduce por todo el Oriente, desde India hasta Gobi, de Taklamakan hasta Gandhara, desde el Altai a los Urales.
- William Thomas, en su libro “*Talismans, amulets and zodiacal gems*” defiende conexiones entre el *torii* –puerta de entrada al templo shintô japonés- y la cultura indo-irania.
- La cultura de túmulos funerarios se advierte en toda la estepa estando presente desde Hungría hasta Japón.

Si, como vemos, la cultura ha mantenido en Asia una evidente comunicación, sería acertado pensar que las artes marciales indias han debido ser las precursoras de los diferentes estilos conformados en todas y cada una de las naciones de Asia, siendo como son las formas de lucha más antiguas del continente. Atendiendo a sus formas actuales no resulta fácil demostrarlo debido al paso del tiempo y al hecho de haber sido modificadas sustancialmente, pero en el fondo sí resulta razonable y verosímil entender que las artes marciales indias viajaron junto al budismo en su expansión hacia Asia Central, China, Tíbet, Mongolia, Corea y Japón, y que sus principios tomaron cuerpo en los estilos de lucha allí desarrollados.

Por su parte, las artes marciales de Asia meridional: *Bando*, *naban* y *banshay*, de Myanmar; *bokator*, de Camboya; *silat*, de Borneo, Indonesia y Malasia; *kali*, de Filipinas, entre otras muchas, estando imbuidas en la actualidad de un espíritu nacional muy pronunciado, son todas herederas de las viejas tradiciones guerreras de Tamilakan y Sri Lanka, las potencias coloniales que incursionaron en sus territorios a partir del siglo II a. C. abriendo vías de comercio marítimo cuando, en aquellas latitudes aún no se había consolidado civilización alguna e, incluso, la escritura estaba aún por desarrollar.